



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
affectio@antares.udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
ISSN (versión impresa): 2215-8774
Colombia

2012

Juan Pablo Hurtado García

**EL HOMBRE: CENTRO DE SU UNIVERSO Y DE SU VERDAD.
UN ACERCAMIENTO A LA SUBJETIVIDAD EN LACAN Y SCHOPENHAUER**

Revista Affectio Societatis, Vol. 9, N° 17, diciembre de 2012

Art. # 18

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

EL HOMBRE: CENTRO DE SU UNIVERSO Y DE SU VERDAD. UN ACERCAMIENTO A LA SUBJETIVIDAD EN LACAN Y SCHOPENHAUER

Juan Pablo Hurtado García¹

Resumen

En torno a una realidad perceptible y experimental del sujeto, se puede establecer un vínculo entre el psicoanálisis lacaniano y la filosofía schopenhaueriana. Para ello, pretendo forjar en este texto una relación simple entre el concepto de *representación* en el pensamiento de Arthur Schopenhauer y la noción de *verdad* en la teoría de Jacques Lacan, para mostrar finalmente con estos planteamientos el enfoque *subjetivo* que pone al hombre en una realidad que se encuentra allí para él y casi condicionada por él. Para Lacan, la *verdad* se encuentra en lo profundo del psiquismo y puede ser revelada en el sentido de que puede ser recordada por medio del lenguaje. Para Schopenhauer, todo aquello que pertenece al mundo se encuentra de forma inevitable condicionado por el sujeto, existiendo sólo para él como *representación*. En ambos, la objetividad de la materia pertenece a otro campo.

Palabras clave: verdad, representación, sujeto, ficción, realidad, real, lenguaje.

MAN: CENTER OF HIS UNIVERSE AND HIS TRUTH. AN APPROACH TO THE IDEA OF SUBJECTIVITY IN LACAN AND SCHOPENHAUER

Abstract

Around a perceptible and experimental reality of the subject, a link between Lacanian psychoanalysis and Schopenhauerian philosophy can be es-

tablished. For that reason, I intend to build on this text a simple relationship between the concept of *<presentation>* in Schopenhauer's thinking and the notion of *<truth>* in Lacan's theory, to finally show the *subjective* approach that places man in a reality that is there for him and almost conditioned by him. According to Lacan, *truth* is located deep in the psyche and can be revealed in the sense that it can be recovered through language. In Schopenhauer's opinion, everything that belongs to the world is inevitably conditioned by the subject and existing only as *presentation*. In both thinkers, the objectivity of matter belongs to another field.

Keywords: truth, presentation, subject, fiction, reality, real, language.

L'HOMME: CENTRE DE SON UNIVERS ET DE SA VÉRITÉ. UNE APPROCHE À LA SUBJECTIVITÉ CHEZ LACAN ET CHEZ SCHOPENHAUER

Résumé

On peut établir un lien entre la psychanalyse lacanienne et la philosophie de Schopenhauer, autour d'une réalité perceptible et expérimentale du sujet. Par conséquent, j'ai l'intention de forger dans ce texte une relation simple entre le concept de *<représentation>* dans la pensée de Schopenhauer et la notion de *<vérité>* dans la théorie de Lacan, pour montrer, finalement, à travers ces énoncés, l'approche subjective qui place l'homme dans une réalité qui est là pour lui et qui est presque conditionnée par lui-même. Pour Lacan, la vérité se trouve au plus profond du psychisme et peut être révélée dans le sens où elle peut être récupérée au moyen du langage. Pour Schopenhauer, tout ce qui appartient au monde est inévitablement conditionné par le sujet, car cela n'existe que comme *représentation* pour celui-ci. Pour les deux, l'objectivité de la matière appartient à un autre domaine.

Mots-clés : vérité, représentation, sujet, fiction, réalité, réel, langage.

Recibido: 10/02/12 **Evaluado:** 12/04/12 **Aprobado:** 06/05/12

¹ Graduando en Filosofía con área complementaria en Psicoanálisis, Universidad de Antioquia (Medellín). juanpablohg@yahoo.es

Introducción

¿*Qué es la verdad?* Esta pregunta tan compleja en sí misma ha aparecido a lo largo de la historia en diferentes campos del conocimiento humano, y todos ellos intentan develarla a partir de múltiples perspectivas y opiniones. No se ha llegado a establecer concretamente si es una cuestión que se remite a un aspecto concreto de la realidad (verdad de ciencia natural) o si definitivamente en medio de las discusiones que puedan girar alrededor de la noción de *verdad* debemos valorar toda consideración que parta de supuestos culturales, sociales y personales. Pues bien, quizás la complejidad del asunto radica más allá de nuestra capacidad cognitiva al pretender abordar cuestiones que se salen de un marco epistemológico y que se ven relegadas a un plano tan abstracto como especulativo. Somos seres frágiles, efímeros, limitados, y a pesar de nuestra extraordinaria potencia intelectual somos insignificantes ante la complejidad de la vida.

No obstante a la extensión del tema de la *verdad*, los puntos de vista que son cada vez más elaborados y reevaluados por las diferentes disciplinas de conocimiento propenden por puntuales interpretaciones. La filosofía, la lógica y la teología, por ejemplo, han considerado desde la antigüedad que este es un asunto metafísico perteneciente al alma; sin embargo, la investigación científica, por su parte, introduce con el empirismo y el racionalismo el aspecto tangible de la *verdad* cuya solidez reside en la experiencia y en la evidencia. Sea como fuere, los hechos, las cosas, las tradiciones, las creencias, las proposiciones, etc., todo ello nos lleva a suponer que la *verdad* en sí misma, tal como lo hace el *Ser* para Heidegger, ama ocultarse, y en esa medida se hace inmortal su actividad. La incapacidad para acceder directamente a dicha *verdad* perpetúa naturalmente en el hombre una falta desgarradora; de allí su búsqueda incesante, su destino incierto.

Teóricamente, la filosofía y la ciencia convergen en que, una cosa es el mundo exterior fenoménico, material, tangible, objetivo, y otra, el mundo psíquico, mental, representable, subjetivo. Si bien filosofía y ciencia son dos vertientes dirigidas a unificar nuestra experiencia del mundo, muchas veces no corresponden entre sí en sus argumentos; algo que puede desconcertar todo enfoque racional y, por ende, recalcar despiadadamente nuestra inevitable ignorancia existencial. A partir de la *psicología racional*, el estudio de la condición humana adquiere cierto predominio de la subjetividad sobre la objetividad a la hora de referirse a la *verdad* para el hombre. La física, como una de las vertientes más sólidas del conocimiento científico, ha construido importantes teorías sobre los fenómenos, y no cabe duda de que se trata de objetos concretos, pero un poco

en el fondo se podría pensar que no son tanto los objetos los que determinan qué es lo verdadero; más bien tenemos la certeza de un sujeto que conoce y que piensa la inmediatez.

En la llamada *época presocrática* se podía hablar de una cierta armonía del hombre con el universo — aunque éste intentaba dar respuesta a los fenómenos universales, no entraba en conflicto con la naturaleza exterior al pretender explicarlos—. Pero entre las consecuencias que trajo la modernidad sucedió que el hombre se alejó de esa armonía con la naturaleza y se internalizó rigurosamente en la razón, a tal punto que se puede pensar hoy que, siendo la base de todo su fundamento, la razón misma se torna la causa de su incertidumbre. Desde entonces hubo una inversión que aún conserva su forma: no es la adecuación de los objetos a lo verdadero, sino que es el sujeto mismo quien determina qué es lo verdadero para ajustarlo a los objetos. En ese sentido, no podríamos referirnos a *una sola verdad* o a “*la Verdad*”, sino que en la interacción constante entre sujeto-objeto se trata de dar cuenta de *múltiples verdades*.

Desde luego, disciplinas como la antropología, la sociología y la lingüística, también estiman dentro de sus investigaciones la noción de *verdad*, y el psicoanálisis, como saber que versa concreta y específicamente sobre lo humano, nos proporciona un interesante aporte por su parte. En el desarrollo de las siguientes páginas notaremos que especialmente Jacques Lacan deja entrever a lo largo de su pensamiento una teoría a partir de lo que sería la *verdad* referida exclusivamente al —*sujeto y su palabra*— en tanto principio anímico condicionante del acaecer fenomenológico. La referencia a continuación nos da formalmente un preámbulo a esta idea:

Boca ingenua cuyo elogio ocupará mis últimos días, ábrete una vez más para escucharme. No hace falta cerrar los ojos. El sujeto va mucho más allá de lo que el individuo experimenta “subjetivamente”, tan lejos exactamente como la verdad que puede alcanzar, y que acaso salga de esa boca que acabáis de cerrar ya. Si esa verdad de su historia no está toda ella en su pequeño papel, y sin embargo su lugar se marca en él, por los tropiezos dolorosos que experimenta de no conocer sino sus réplicas, incluso en páginas cuyo desorden no le da mucho alivio (Lacan, 1976: 85).

Consecuentemente, este presupuesto teórico emerge sustancialmente para nosotros en una parte del sistema filosófico de Arthur Schopenhauer, en la medida en que el sujeto mismo es quien determina, sin entrar a refutar lo concreto en sí de las cosas exteriores, lo que singularmente se representa del mundo. Decir que “el mundo es (mi) representación” significa interpretar la muerte propia como el fin del mundo.

Precisamente allí, en torno a una realidad perceptible y experimental del sujeto, se puede establecer un vínculo entre el psicoanálisis lacaniano y la filosofía schopenhaueriana. Para ello pretendo forjar en este texto

una relación simple entre el concepto de *representación* en el pensamiento de Schopenhauer y la noción de *verdad* en la teoría de Lacan, para mostrar finalmente con estos planteamientos el enfoque *subjetivo* que pone al hombre en una realidad que se encuentra allí para él y casi condicionada por él.

§

“(…) y la verdad los hará libres”

Juan 8,32

Existe algo entrañable que se torna reiterativo en el sujeto y que lo hace acudir a los dominios del saber psicoanalítico. En primera instancia, el análisis pretende atender con especial atención y cuidado aquello que gira constantemente en el paciente; esto es, asume aprehender ese algo que aparece y desaparece casi al mismo tiempo, cuyo contenido puede ser placentero o no, de acuerdo a la disposición anímica del aparato psíquico. Todo ello discurre por las sendas del *inconsciente*, el cual se filtra en el lenguaje del analizante, y (en la mayoría de los casos) consigue exteriorizarse sin consentimiento alguno de la conciencia. Ciertamente la repetición pone al sujeto en un estado atemporal, es decir, lo hace considerablemente dependiente de una no sucesión en el tiempo. Para Lacan, la verdad se refiere precisamente al lenguaje, a ese inconsciente que aparece en la palabra y que en la repetición deja un rastro. Dicha verdad, que se encuentra en lo profundo del psiquismo, puede ser revelada en el sentido de poder ser recobrada por medio del lenguaje: “El inconsciente es ese capítulo de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por un embuste: es el capítulo censurado. Pero la verdad puede volverse a encontrar; lo más a menudo ya está escrita en otra parte” (Lacan, 1976: 80).

Pues bien, a cada sujeto rige una verdad que corresponde a su propia experiencia. Incluso en las religiones y en las diferentes doctrinas espirituales, la gracia de la *verdad única* puede ser consecuencia directa de un develamiento interior en el hombre. El problema está en esa concepción singular de la realidad que proviene de cada ser humano en la medida en que es único en sí y puede decir particularmente lo que el mundo le suscita. La diversidad del pensamiento se fundamenta en que existen tantas verdades como sujetos en el mundo. Aunque la percepción puede seguir un patrón determinado que nos hace compartir una realidad común, dicha percepción puede ser cambiante, aún considerando la solidez de la materia. Y bien sabemos

que por medio de la imaginación el sujeto puede alterar, transformar, modificar y sustraer todo lo que extrae del mundo. Tomando una parte de la realidad material puede lograr distorsionar (mentalmente) lo que se muestra a él en la inmediatez independientemente de lo que el objeto mismo sea. Ésta es una facultad interior suya extraordinaria que no tiene límites.

Echemos ahora un vistazo a las primeras líneas de la obra *El mundo como voluntad y representación*, en la que Schopenhauer expone su célebre máxima:

‘El mundo es mi representación’: esta es la verdad que vale para todo ser viviente y cognoscente, aunque solo el hombre puede llevarla a la conciencia reflexiva abstracta: y cuando lo hace realmente, surge en él la reflexión filosófica. Entonces le resulta claro y cierto que no conoce ningún sol ni ninguna tierra, sino solamente un ojo que ve el sol, una mano que sienta la tierra; que el mundo que lo rodea no existe más que como representación, es decir, solo en relación con otro ser, el representante, que es él mismo (Schopenhauer, 2004: 51).

En esta referencia filosófica se funda un supuesto que presenta al hombre como único representante de la verdad que le es propia. Si bien todo ser viviente puede representarse el mundo, para Schopenhauer sólo el hombre cognoscente es quien puede reflexionar sobre ello. El problema reside en darle nombre a lo que se representa, pues es único el contacto que tiene con el mundo. Para Lacan, por su parte, aquello que es real no se puede nombrar, y ese algo que se hace imposible de decir es el núcleo del psicoanálisis. Lo real allí, en consecuencia, es el *no sentido*, esto es, aquello que se escapa, que se oculta; eso que produce una pérdida.

Freud en su texto “La negación” (1925) indica que lo no real, lo meramente representado, lo subjetivo, es sólo interior. Pero doy este salto súbito a Freud para extraer simplemente que lo (otro) exterior, lo que él supone como real, está presente también en el *adentro*. En lo interior y lo exterior hay una correspondencia en la medida en que es el sujeto quien da propiamente sentido o no a sus vivencias. Él mismo es quien advierte su propia verdad. Esa verdad psíquica —*histórica*, si se puede llamar así—, es lo que constituye para Lacan la *ficción*². Veamos esta teoría que, en principio, puede sonar un tanto paradójica.

Como el sujeto es un sujeto del lenguaje, esto determina y estructura su pensamiento en el orden de lo simbólico. Evidentemente su inclinación a la repetición da cuenta de ese registro (de lo) simbólico a partir de una narración ficticia que actúa como *otra realidad* mediante la cual se puede llegar a la verdad o las verda-

² Alfredo Eidelsztein expone que: “Lo primero que conviene tener en cuenta —pero que en general no fue debidamente considerado hasta la fecha— es que Lacan desarrolla su concepción de las ficciones en forma constante desde el comienzo y hasta el final mismo de su producción teórica, esto es desde el Seminario 2 hasta el 24. En segundo lugar: llama la atención la gran insistencia de este

des que se encuentran en el inconsciente (Allier Montano, 2001: 147). En esto reside lo subjetivo de la teoría psicoanalítica lacaniana, entre tantas cosas más, y sus efectos se pueden condensar en la siguiente sentencia: —dicha *ficción* en el sujeto *está a merced de lo simbólico, no coincide con lo imaginario y se caracteriza por ser real*—. Pongámoslo en contexto.

Sabemos que los campos o dimensiones de los registros de lo psíquico para Lacan están divididos en simbólico, imaginario y real, los cuales existen en y a partir del anudamiento entre sí. Lo *simbólico* se encuentra dentro del registro del lenguaje humano que determina una relación con un otro (prójimo), con la *Ley*: “[...] la ley del hombre es la ley del lenguaje [...]” (Lacan, 1976: 91-92), “El hombre habla pues, pero es porque el símbolo lo ha hecho hombre” (Ibíd., 96); lo *imaginario* se fundamenta en el pensamiento mediante la representación de imágenes, y es una dimensión no lingüística, aparente e ilusoria que estima al campo visual básicamente (también a la *identificación*, entre otras cosas)³. Pues bien, al interior de esta tópica lacaniana estructural, lo *real* es precisamente aquello que no es ni imaginario ni se puede simbolizar. Indudablemente está un poco más allá de lo imaginario y lo simbólico. Lo real es allí lo irrepresentable, inimaginable e imposible de nombrar por el lenguaje.

A grandes rasgos, la fantasía puede quedar instaurada desde las primeras relaciones con las figuras paternas condicionando la percepción de la realidad exterior. Por eso, para Lacan lo real pertenecería ya propiamente a lo psíquico más que a lo físico, en el sentido de que no tendría ya nada que ver con dicha realidad; quizás sería justamente lo opuesto a ella: “[...] a esos filósofos [...] Platón escarnece porque su apetito de lo real los lleva a besar a los árboles” (Lacan, 1976: 87).

En muchos casos la fantasía decide lo que es la realidad, pero no en el sentido de querer negarla, sino en orden de hacerla aceptable. Así, la fantasía se encuentra más del lado de lo mítico, ilusorio y engañoso, esto es, del lado de lo imaginario, y se diferencia de la ficción en la medida en que esta última tiene estructura de verdad y calidad de real. Real que a su vez, digámoslo, tiene tanto estructura de ficción (Lacan, 2006: 129) como parte de verdad.

tema en su enseñanza. Tercero y finalmente: Lacan toma para su elaboración de las ficciones la teoría de Jeremy Bentham” (Eidelsztein, 2011: 22).

³ “Incluso en efecto representado por una sola persona, la función paterna concentra en sí relaciones imaginarias y reales, siempre más o menos inadecuadas a la relación simbólica que la constituye esencialmente. En el ‘nombre del padre’ es donde tenemos que reconocer el sostén de la función simbólica que, desde el albor de los tiempos históricos, identifica su persona con la figura de la ley” (Lacan, 1976: 97-98).

De acuerdo a esto, la ficción, que no tiene que ver tanto con lo imaginario como se dijo, ha de ser entendida como una *representación* —exclusivamente significativa— para alguien. Consiste en la mezcla anímica entre lo descartable y lo reciclable de las vivencias del sujeto, la cual podría estar inclinada a la fantasía inconsciente, pero que se caracteriza por ser real en el sentido lacaniano. La *verdad* tiene así *estructura de ficción* ya que, de hecho, en la ficción propiamente elaborada por el sujeto se le puede hallar. Su punto de articulación se encuentra en que muchas veces no es posible distinguir entre lo concreto del mundo exterior y la ficción porque en el inconsciente no existe un signo de realidad, sino que él mismo posee propiamente estructura de ficción. Para sustentar concretamente esto con Lacan, permítaseme citar todo el siguiente pasaje completo subrayando exclusivamente los elementos que pertenecen a nuestra investigación:

[...] Se trata de la Theory of Fictions de Jeremy Bentham.

En esta obra, fictitious no quiere decir ilusorio ni engañoso. Fictitious quiere decir ficticio sólo en la medida en que responde exactamente a lo que nosotros queremos decir cuando formulamos que toda verdad tiene una estructura de ficción.

Con lo que admite de real esta ficción verídica, Bentham logra situar como utilitario cuanto le interesa del bien —del bien en tanto real—, es decir, en la medida en que el placer que reparte no dependa de una distribución regida a placer. Esta jurisprudencia, al preservar de las ficciones del cambio el valor de uso, lo separa también del placer que, igual que en Aristóteles, lo relegaría para dar paso al único Bien soberano de ser placer teórico.

Justamente allí, sin embargo, Freud hace que se devuelva el péndulo. La experiencia le demuestra que una vez que se ha delimitado el bien de esta manera, su placer se agosta por provenir de otra parte: propiamente de la ficción que está a la merced de lo simbólico.

El que el inconsciente tenga la estructura de la ficción por tener la del discurso, el que el placer que allí domina sea el de la repetición de un signo, nos obliga a darle más vueltas a la manera de hacerse valer allí lo real.

La tesis que ha de establecer este discurso es la siguiente: el acto que estructura lo simbólico encuentra el sostén de lo real puro a través de la ley moral (Lacan, 1984: 12-13).

De lo anterior, necesariamente se sigue que el sujeto mismo vive y experimenta una realidad individual que puede escapar a lo común para el otro (prójimo). La verdad allí aparece como una ficción propiamente elaborada por el sujeto, y progresa a partir de una estructura. El analista se convierte así en un sorprendedor de lo real del paciente, pues esta verdad es *no exactitud* en la medida en que es ficción. En un análisis lo que se muestra inverosímil es aquello que da cuenta de lo verdadero para el paciente: “El análisis no puede tener otra meta que el advenimiento de una palabra verdadera y la realización por el sujeto de su historia en su relación con un futuro” (Lacan, 1976: 119).

Asimismo, debemos considerar con Lacan que la ficción revela del lenguaje el estatuto de útil (*valor de uso*) (Lacan, 1981: 11), haciendo que se presente tal lenguaje como objeto real. La esencia misma del lenguaje proyecta una estructura de ficción que hay que tomar como lo *real* en grado sumo. De acuerdo a esto,

la pulsión que es una fuerza constante (una *tensión*, según Freud) entre lo anímico y lo somático, la cual provoca una excitación interna en el sujeto, propiamente debe considerarse no como un mito, tal como el mismo Freud lo había supuesto, sino como una *ficción*: “tiene tanto de real como de verdad” (Lacan, 1987: 170). Esta característica demuestra más a fondo la propuesta psicoanalítica de la subjetivación en el sentido de que a cada sujeto corresponde un deseo propio de su historia.

A diferencia de la ciencia que experimenta lo exterior como real, el psicoanálisis plantea, pues, una objeción: aquello que jamás podrá ser develado es lo real que se encuentra en el interior del sujeto, esto es, en lo desconocido para sí mismo que lo lleva a crear el síntoma. El saber intenta decir la verdad, pero el inconsciente supone algo que no logramos saber, algo que a lo sumo se nos escapa. En ese sentido, la verdad contiene al saber pero el saber no contiene la verdad, ya que esta última se relaciona con lo simbólico. Allí aparece la falta, cuya sintomatología produce la división del sujeto que imposibilita la unión entre saber y verdad. Por tanto, el sujeto no puede decir toda la verdad, ella se convierte casi en *lo indecible*.

Pero registremos aún otro aspecto más: la búsqueda de esa verdad, según Lacan, radica en la manera en que gozamos. El *goce* ostenta ese algo que está fuertemente ligado al deseo inconsciente y que no puede ser confundido con la satisfacción hallada en un objeto. Podríamos decir que se opone al placer en la medida en que es el responsable de que sigamos repitiendo las mismas cosas que nos llevan a crear los síntomas. Sin lugar a duda gozamos en lo que nos causa displacer, y a través de él somos conducidos a ese “más allá del principio del placer” que ha postulado Freud y que despliega, enunciémoslo sea de paso, la *pulsión de muerte*. Por la repetición es reconocible, pues, el goce⁴ que se embelesa en salir al encuentro de un malestar en el sujeto. Más aún, dicho goce no sólo busca el malestar, sino que lo insta como síntoma, y al encontrarlo, lo frecuenta incesantemente.

Llegamos así a tocar otro punto de la *subjetividad* en la filosofía schopenhaueriana, en el sentido de que — todo aquello que pertenece al mundo se encuentra de forma inevitable condicionado por el sujeto, existiendo sólo para él—. Pongo por un momento en suspenso el aporte de Lacan para decir que en lo anterior reside la teoría del mundo como *representación* para Schopenhauer: “Ninguna verdad es, pues, más cierta, más independiente de todas las demás y menos necesitada de demostración que esta: que todo lo que existe para el

⁴ *La verdad*, podríamos extraerlo con Freud en “Más allá del principio del placer” (1920), se encuentra en repetir algo desagradable (Freud, 1973: 2512-2513).

conocimiento, o sea, todo este mundo, es solamente objeto en referencia a un sujeto, intuición de alguien que intuye; en una palabra, representación” (Schopenhauer, 2004: 51).

Consecuentemente en su obra, y a efecto de lo dicho, Schopenhauer hará una abstracción más compleja de esta teoría: si se puede decir que *el mundo es mi representación*, igual se puede expresar que *el mundo es mi voluntad*. Esto es lo que constituye *el otro aspecto* del mundo.⁵ Lo que nuestro filósofo pretende significar con ello es que el sujeto es el soporte sustancial de dicho mundo; aquel que todo lo conoce y nunca es conocido; la condición de todo lo manifestado, de todo objeto. En la medida en que se conoce, cada hombre se descubre a sí mismo como (ese) sujeto que no es objeto de conocimiento (recordemos aquí la máxima griega arcaica *Gnôthi Seautón —Nosce te Ipsum—*), lo que sí puede ocurrir con su cuerpo, pues es un objeto entre objetos⁶ y se encuentra sometido a sus leyes:

Así, pues, el mundo como representación, en cualquier respecto en que lo consideremos, posee dos mitades esenciales, necesarias e inseparables. Una es el objeto: su forma es el espacio y el tiempo, y mediante ellos la pluralidad. Pero la otra mitad, el sujeto, no se halla en el espacio y el tiempo, pues está entero e indiviso en cada uno de los seres representantes; de ahí que uno solo de ellos complete con el objeto el mundo como representación, tan plenamente como todos los millones que existen: pero si aquel ser único desapareciera, dejaría de existir el mundo como representación (Schopenhauer, 2004: 53).

Se puede decir que el mismo Lacan recurre a los filósofos especialmente para llegar a profundizar en el psicoanálisis. Por ello el concepto de *verdad* en él, aunque tiene cierto contenido filosófico, no lo es del todo, ya que ciertamente no se dedicó a hacer filosofía. Lacan intentó, en realidad, hacer una aplicación filosófica a las cuestiones psicoanalíticas. Cuando se refiere a la *verdad* como esencia del ser, no quiere pretender con ello una esencia filosófica; es más bien una relación entre verdad y ser. Por otro lado, al igual que Schopenhauer, no encuentra en las cosas materiales el fundamento de la verdad en cuanto a la realidad. Ello hace parte del lenguaje y, por tanto, hace parte del inconsciente, pues como hemos visto, éste aparece continuamente en la palabra. Por esa misma vía la verdad se proyecta como *revelación*:

La ambigüedad de la revelación histórica del pasado no proviene tanto del titubeo de su contenido entre lo imaginario y lo real, pues se sitúa en lo uno y en lo otro. No es tampoco que sea embustera. Es que nos presenta el nacimiento de la verdad en la palabra, y que por eso tropezamos con la realidad de lo que no es ni verdadero ni falso. Por lo menos esto es lo más turbador de su problema. Pues de la verdad de esta revelación es la palabra presente la que da testimonio en la realidad ac-

⁵ Baste decir esto para tener otro punto de referencia con respecto a la *subjetividad* en este autor, pues la palabra *voluntad* en Schopenhauer ameritaría una consideración mucho más amplia debido a la forma particular en que es utilizada en su filosofía.

⁶ Los objetos están insertos en las formas de todo conocer, pues están en el tiempo y el espacio (allí se da la pluralidad). Para Schopenhauer son objetos de la intuición tal como sucede con el cuerpo. Mas el sujeto que conoce, no está dentro de estas formas sino que está supuesto por ellas. Por ello no es conocido sino que él es el que conoce donde se conoce.

tual, y la que la funda en nombre de esta realidad. Ahora bien, en esta realidad sólo la palabra da testimonio de esa parte de los poderes del pasado que ha sido apartada en cada encrucijada en que el acontecimiento ha escogido (Lacan, 1976: 76-77).

Sin dejar de lado la noción de la verdad como esencia del ser, Lacan incorporará gradualmente esta concepción de *revelación*, como explica Eugenia Allier en su texto “El concepto de verdad en Lacan: los Escritos”⁷, pero en el sentido de la revelación de la verdad, y no tanto de la verdad como revelación (Allier Montaño, 2001: 141). Nuevamente psicoanálisis y filosofía, de un lado, y ciencia, del otro.

De esta forma, pues, concluyamos, pudimos consumir algo de la *subjetividad* en Lacan y en Schopenhauer: para este último es representación que se encuentra condicionada por el sujeto con respecto al mundo y los objetos (*idealidad trascendental*); para Lacan (y el psicoanálisis), de forma análoga, la realidad no tiene que ver con la verdad o la falsedad, como tampoco existe una correspondencia en sentido estricto entre la verdad y la realidad objetiva; está más bien relacionada con el lenguaje, con la palabra, por tanto, con el inconsciente: “La palabra en efecto es un don del lenguaje” (Lacan, 1976: 118).

Como el psicoanálisis está atento a que emerja el inconsciente, esto es, a que la verdad aflore, se trata entonces de saber eso que el paciente dice no saber. Esto es tocar su verdad. La revelación de la verdad en psicoanálisis admite decir que el sujeto es un sujeto del lenguaje. Como “la función del lenguaje no es informar, sino evocar” (Lacan, 1976: 117), allí está presente la *ficción* que es la que asiente que se llegue a verdades sobre el inconsciente. Como quedó sustentado anteriormente, la *verdad* tiene así estructura de *ficción*; es el sujeto mismo quien la produce.

La *verdad* se encuentra en lo profundo de cada ser humano, en su esencia, por ello siempre se está en su búsqueda. A partir de allí, se puede aspirar a tocar a la puerta de la *verdad única* que abarca el Todo.

La máxima escrita con letras de oro en el frontispicio del Templo de Apolo en Delfos: *Gnôthi Seautón (Nosce te Ipsum)*: “Hombre, concómete a ti mismo, y conocerás el Universo y a la Divinidad”, ha adquirido así una nueva interpretación:

—Hombre, concómete a ti mismo, y conocerás tu universo y tu verdad—.

⁷ En el texto, esta doctoranda en Historia y civilización (de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de la Universidad de París) hace una revisión de siete artículos pertenecientes a los *Escritos* de Lacan, en los que éste contempla a la filosofía y su opinión acerca de la verdad, y donde asume una posición con respecto a la ciencia. Aunque la autora advierte que no existe un texto puntual donde Lacan realice un recorrido histórico del problema de la verdad, plantea que este parece ser el hilo que conduce su pensamiento.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allier Montano, E.** (2001). El concepto de verdad en Lacan: los Escritos. En: *Revista Tramas. Subjetividad y procesos sociales, 17 (Género y violencia social)*, pp. 137-155. UAM-X. México. Recuperado en: <http://tramas.xoc.uam.mx/resumen.php?id=1192&archivo=6-111-1192mdi.pdf&titulo=El%20concepto%20de%20verdad%20en%20Lacan:%20Los%20Escritos>
- Eidelsztein, A.** (2011). La teoría de las ficciones o la ficción en el sentido más verídico. En: *Revista Imago Agenda, 150 (Ficción y realidad en psicoanálisis)*, pp. 22-24. Buenos Aires, Argentina. Recuperado en: <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=1516>
- Freud, S.** (1973). Más allá del principio del placer. En: J. Numhauser (Comp.) y L. López Ballesteros (Trad.), *Obras completas* (3ra Ed.), (Vol. III, pp. 2507-2541). Madrid, España: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1919-1920).
- Freud, S.** (1973). La negación. En: J. Numhauser (Comp.) y L. López Ballesteros (Trad.), *Obras completas* (3ra Ed.), (Vol. III, pp. 2884-2886). Madrid, España: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1925).
- Freud, S.** (1998). Carta 69. Publicaciones pre-psicoanalíticas y manuscritos en la vida de Freud. En: J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. I, pp. 301-302). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1897).
- Lacan, J.** (1976). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En: T. Segovia (Trad.), *Escritos 1* (4ta Ed.), (pp. 59-139). Buenos Aires, Argentina: Siglo veintiuno editores. (Trabajo original publicado en 1953).
- Lacan, J.** (1981). Del goce (Clase I). En: J. Granica (Ed.) y D. Rabinovich, J. L. Delmont-Mauri y J. Sucre (Trads.), *El seminario, Libro 20: Aún* (pp. 9-19). Buenos Aires, Argentina: Paidós. (Trabajo original publicado en 1972-1973).
- Lacan, J.** (1983). Saber, verdad, opinión (Clase II). En: J. Granica (Ed.) & I. Agoff (Trad.), *El seminario, Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica* (pp. 27-44). Barcelona, España: Paidós. (Trabajo original publicado en 1954-1955).
- Lacan, J.** (1984). El seminario sobre "La carta robada" (Clase I). En: A. Suarez (Ed.) y T. Segovia (Trad.), *Escritos I* (10ma Ed.), (Vol. I, pp. 5-55). México D. F.: Siglo veintiuno editores. (Trabajo original publicado en 1955-1956).
- Lacan, J.** (1984). Reseña con interpolaciones del seminario de la ética (Primera parte). En: D. Rabinovich (Comp.) y J. L. Delmont-Mauri y J. Sucre (Trads.), *Reseñas de enseñanza* (pp. 3-23). Buenos Aires, Argentina: Ediciones Manantial. (Trabajo original publicado en 1959-1960).
- Lacan, J.** (1987). Desmontaje de la pulsión (Clase XIII). En: J. Granica (Ed.) y J. L. Delmont-Mauri y J. Sucre (Trads.), *El seminario, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (pp. 168-180). Buenos Aires, Argentina: Paidós. (Trabajo original publicado en 1964).
- Lacan, J.** (2006). Pasaje al acto y *acting out* (Clase IX). En: J. Granica (Ed.) y E. Berenguer (Trad.), *El Seminario, Libro 10: La angustia* (pp. 127-144). Buenos Aires, Argentina: Paidós. (Trabajo original publicado en 1962-3).
- Schopenhauer, A.** (2004). El mundo como representación (Libro 1. §1.). En: P. López de Santa María (Trad.), *El mundo como voluntad y representación* (Vol. I, pp. 49-144). Madrid, España: Editorial Trotta.